

Instituto de Historia
Pontificia Universidad Católica de Chile

RESEÑAS

ABEL ALEXANDER - MARGARITA ALVARADO - KAREN BERESTOVOY - ANDRÉS DÍAZ - JOSÉ LUIS GRANESSE - JUAN DOMINGO MARINELLO. *Historia de la Fotografía en Chile: Rescate de Huellas en la Luz*. Santiago, Centro Nacional del Patrimonio Fotográfico, 2000. 142 págs. con ilustraciones.

Quince años después de la publicación del trabajo de Hernán Rodríguez: "Historia de la Fotografía en Chile - Registro de daguerrotipistas, fotógrafos, reporteros gráficos y camarógrafos 1840-1940", publicado en el Boletín de la Academia Chilena de la Historia en 1985, y cuarenta años después del trabajo pionero de Eugenio Pereira Salas "El centenario de la Fotografía en Chile 1840-1940", publicado en el mismo Boletín en 1940, aparece este nuevo intento de historiar el pasado, en Chile, de la "construcción de las imágenes" o del "espejo con memoria" que constituye la fotografía, tal como la llama uno de los autores.

Se trata de seis artículos sobre tópicos muy diferentes que están precedidos por una presentación del propio Hernán Rodríguez en la que destaca que "un libro sobre antiguos fotógrafos en Chile ayuda a conocernos. Agrega veracidad, materialidad y aliento a muchos textos. Utiliza imágenes realizadas por autores, conocidos o anónimos, que en un momento ya desaparecido, detuvieron su vista sobre un motivo que hoy podemos hacer nuestro" (p. 8).

El primero de ellos pertenece a Abel Alexander y está dedicado a *Robert H. Vance, Pionero del Daguerrotipo en Chile*. En verdad el daguerrotipo había hecho su aparición en Chile en 1840. El 6 de junio de ese año, *El Mercurio* de Valparaíso se hace eco de la visita del sacerdote Louis Copmte que, de paso por el puerto, llevaba consigo una cámara "Giroux" y que había recibido instrucciones del mismo Daguerre antes de partir de Nantes en 1839.

A principios de 1841 llegó a Santiago una cámara de daguerrotipo enviada por el Ministro chileno en Francia, con destino al Instituto Nacional, que lamentablemente venía con serios desperfectos producto del viaje y que por lo mismo no pudo ser utilizada.

Hay todavía información de la presencia de un daguerrotipista de nombre Daviete que se anuncia en Santiago en el curso de 1843, y de otro, Huliel, que lo hace en Valparaíso en 1844.

Robert H. Vance arribó a Valparaíso en febrero de 1847, dándose a conocer inmediatamente como retratista. En abril del mismo año está instalado en Santiago y "en poco tiempo y gracias a una inteligente campaña periodística, desfilaba por los salones de Vance y Hoytt [su socio] la mejor sociedad de Santiago, funciona-

rios de gobierno, sacerdotes, abogados, militares, comerciantes, terratenientes y por supuesto respetables damas con sus niños... la fama del *atelier* se extendió más allá de la capital y sus ecos llegaron hasta las ciudades de provincia” (p. 13).

Paralelo a sus trabajos en la capital y en el primer puerto del país, el trabajo de Vance también abarcó tres extensas giras por el interior del país, y una estadía significativa en Copiapó, para establecerse definitivamente en California, Estados Unidos, a partir de agosto de 1850.

El gran aporte de Vance, y lo que lo proyectó a la fama, fue su exposición de 300 daguerrotipos de vistas de California, y por ello su nombre figura en forma destacada en la historia de la fotografía en Estados Unidos. En un catálogo publicado en 1851 figuraban, junto a otros registros de América del Sur y Central, tres vistas chilenas referidas a Valparaíso y ellas parecen ser el comienzo de la idea que se plasmó definitivamente en la exposición sobre California.

Abandonó Chile a los 25 años de edad, siendo ya un veterano en la profesión, y será testigo de uno de los reportajes visuales más rigurosos sobre la época de la fiebre del oro.

En el segundo de los trabajos incluidos en el volumen, Margarita Alvarado: *La huella luminosa de los fotógrafos de la Frontera*, presenta a un grupo de fotógrafos –a quienes llama “Los fundadores”– que establecieron las bases de lo que más tarde se ha conocido como la “fotografía étnica”.

El primero es Christian Enrique Valk que a partir de 1852 se establece en Valdivia convirtiéndose en uno de los primeros fotógrafos reconocidos para el sur de Chile. “Su amplia producción destaca extraordinariamente por sus contenidos estéticos y sociales, pero es en el retrato de la sociedad de la época donde alcanza su mejor realización como fotógrafo”. A esta modalidad corresponden algunas imágenes en formato tarjeta de visita que realizó de un grupo mapuche posando en una chacra sureña. Es el mismo principio estético-social: se trata de crear una atmósfera que muestre al mapuche practicando sus costumbres y prácticas sociales, de tal manera que sea posible reconocer que los individuos retratados pertenecen a una cultura diferente.

El segundo es Gustavo Milet, nacido en Valparaíso, y de origen francés, y de quien no se tienen mayores antecedentes. Lo cierto es que aparece en la ciudad de Lebu en el año 1886 desde donde se traslada a Traiguén alrededor de 1890.

Milet “despliega su temática con una intención claramente retratista, conociéndose algunas imágenes que realizó de su familia, su esposa y sus hijos...” pero es indudable que en lo que alcanza mayor notoriedad es en los numerosos retratos de “araucanos” que realizó en formato Cabinet y que hoy día se conservan en varios museos de Chile y del extranjero (p. 39).

Se trata de fotografías de estudio que dan cuenta de “una opción estética y un planteamiento poético y evocativo propio, que se constituye a partir de una atmósfera expresiva de acuerdo a un montaje cuidadosamente elaborado”. A partir de ahí se destacan dos elementos: el escenario y los actores. Hemos dicho que el escenario es su estudio, con telones pintados, columnas, arcos y jardineras. “En medio de esta escenografía, los sujetos mapuches fotografiados aparecen como actores repre-

sentando su propia identidad. Todo lo anterior se aprecia también en algunas escasas tomas de exterior que el autor realiza del mundo mapuche.

El tercero de los fotógrafos “fundadores” es Obder Heffer. Nacido en Canadá, llegó a Chile en 1886 contratado para trabajar en la prestigiosa “Foto Garreaud”. A partir de 1910 crea su propio estudio, y su actividad se diversifica incursionando en la importación de artículos fotográficos, papeles y películas. Su obra fue bastante prolífica incluyendo vistas urbanas de Santiago, paisajes de la cordillera y del sur del país. “Pero, sin duda, uno de sus aportes más significativos a nuestro patrimonio fotográfico lo constituyen las numerosas tomas del mundo mapuche que realizó en sus viajes al sur...” (p. 40).

De los tres autores mencionados, Heffer es el que reúne la mayor cantidad de fotografías del mundo mapuche reconocidas sin duda en su autoría.

El conjunto de los trabajos de Valk, Milet y Heffer, sin embargo, nos da cuenta de que muchas de estas fotografías no son el referente de una realidad étnica, son más bien una construcción estética y cultural, que obedece a los paradigmas europeos de conformación de la imagen fotográfica vigente a fines del siglo XIX.

El tercer artículo del libro pertenece a Karen Berestovoy: *El fotógrafo Marcos Chamudes*.

Marcos Chamudes nació en Chile en 1917. Fue dirigente estudiantil, diputado, fotógrafo, periodista, corresponsal de guerra y un gran viajero. Su experiencia como fotógrafo abarcó casi “veinte años en los cuales registró escenas cotidianas de la vida de Nueva York, las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y a protagonistas de la cultura, intelectual y popular, especialmente de Chile y Bolivia”.

Elegido diputado por el Partido Comunista a fines de la década del 30, en una época en que se mezclaban fanatismos políticos y conflictos sociales que, para el caso que nos ocupa, terminaron con la expulsión de Chamudes del Partido Comunista. Emigró a los estados Unidos, y se dedicó a la fotografía. “La actividad fotoperiodística se engrandeció debido a la comercialización de la cámara Leyca, de pequeño formato (que poseía Chamudes) que permitía un fácil traslado y manipulación respecto de las cámaras anteriores (de mayor peso y tamaño)” (p. 59).

Cuando EE.UU. se incorporó a la Segunda Guerra Mundial, Chamudes que ya era ciudadano norteamericano, se enroló en el ejército como soldado-fotógrafo, época de la que data su famoso reportaje sobre el general Patton. En 1947 ingresó a Naciones Unidas donde se desempeñó como reportero gráfico oficial de la Comisión Investigadora de los Balcanes.

En 1951 regresó a Chile y se dedicó a difundir su experiencia gráfica y continuó su labor como fotógrafo por unos pocos años, dedicándose después al periodismo escrito.

Según la autora “Chamudes fue una persona con conciencia histórica; sus imágenes no son sueños, son momentos de la vida transportados al lenguaje fotográfico. La presencia explícita y retórica del hombre denota su obsesión por definir qué lugar ocupa este en el mundo, tema que también le preocupó desde su vivencia personal” (p. 63).

El cuarto trabajo contenido en el volumen pertenece a Andrés Díaz Caballero: *Los secretos de la cámara oscura*. Se trata de una pequeña reseña de la técnica del

daguerrotipo, sus potencialidades y limitaciones, y todo ello referido al trabajo estético del autor. En verdad, aspira a presentar lo tradicional y primitivo como nuevo, situándose “en una categoría muy distinta a las de las imágenes fotográficas tradicionales” (p. 80).

Con el trabajo de José Luis Granese: *Los 206 días de Harry Grant Olds en Chile*, el lector se introduce en la parte más histórica del libro.

Este texto da cuenta de la reconstitución de la historia de Harry Olds en Chile, quien a su paso por el país realizó una colección de placas –en número de cuarenta– sobre Valparaíso, a principios del siglo XX y que fueron publicadas en 1999 bajo el título “Valparaíso 1900: Fotografías/Harry Olds” editadas por el propio Granese.

En el artículo que comentamos, además de lo señalado en relación con la búsqueda de esas fotografías, el autor nos entrega una veintena de cartas enviadas a distintas personas de su familia por Olds desde Chile, y en las que junto con relatar y comentar la vida cotidiana, va dando cuenta de su desarrollo profesional entre agosto de 1899 y marzo de 1900, antes de establecerse en Buenos Aires.

El conjunto de la correspondencia casi nos pone en presencia de un diario de viaje, que es útil para graficar la visión de un extranjero que asiste al criollo cambio de siglo.

Por último, el trabajo de Juan Domingo Marinello: *Fotógrafos de prensa. Testigos directos y espejos de identidad*, está dedicado a resaltar la importancia de la fotografía de prensa. El autor considera que “en el aspecto histórico de un país, la fotografía de prensa constituye, en muchos casos, un lenguaje precioso. Para su reinterpretación se requiere cultura y método para descifrarlas desde su contexto de aparente desechabilidad” (p. 123). En su texto se refiere a los protagonistas del fotoperiodismo en curso del siglo XX.

Ya en 1897 y en *La Revista Ilustrada* se inició en fotoperiodismo en Chile, y en los inicios del siglo XX *Zig-Zag* incorpora a la fotografía como elemento básico de la información.

Esta etapa inicial, o fundacional, es seguida hacia 1920 por la consolidación y por el interés asociativo de los cultores del periodismo gráfico, lo que contrasta con la omisión que las publicaciones hacen de sus nombres. En los 30 un nuevo aire sacude al periodismo gráfico con la aparición de revistas dedicadas al cine, *Ecran*, o femeninas, como *Eva*, *Margarita* o *Rosita* y en enero de 1938 con la fundación de la Unión de Reporteros Gráficos de Chile.

En los años 40 es el deporte, a través de la revista *Estadio* que se incorpora a la técnica informativa visual, en tanto que los años 50 y 60 son “particularmente activos y brillantes para el fotoperiodismo” (p. 131).

El autor completa su recorrido por el desarrollo de este quehacer periodístico aportando numerosos nombres de fotógrafos importantes, de la mayoría de los cuales, sin embargo, es difícil conocer la cuantía de su obra porque no se “usaba” destacar la autoría. Con ello deja planteado un grave vacío y un tremendo desafío historiográfico.

El conjunto de los trabajos contenidos en el libro es desigual. Se trata de trabajos de naturaleza diferente; de metodologías diversas y de profundidades distintas.

Hay también algunos problemas de redacción y de edición, que contrastan frente al cuidado, pertinencia estética e intelectual y seriedad técnica en la selección

del profuso e interesante material gráfico. El Centro del Patrimonio Fotográfico de Chile contribuye con esta publicación a la difusión y consolidación de la historia de nuestro patrimonio fotográfico.

MATÍAS TAGLE DOMÍNGUEZ

IVÁN JAKSIC. *Andrés Bello, la pasión por el orden*, Santiago, Editorial Universitaria, 2001, 323 págs.

Audaz desafío el que aceptó este académico chileno radicado en EE. UU. ¿Se puede decir algo más sobre Andrés Bello? Hasta hace algunos meses me habría inclinado por ponerlo en duda. Existe la biografía de Miguel Luis Amunátegui: *Vida de don Andrés Bello*, una de las buenas que ha producido la historiografía chilena, un clásico. El ex Presidente de la República venezolana Rafael Caldera escribió otra buena biografía de Bello en 1935 y hay otras también de calidad, solo marginalmente inferiores a las recién mencionadas: la de Eugenio Orrego Vicuña: *Don Andrés Bello*; la de Pedro Lira Urquieta: *Andrés Bello*; la de Fernando Muriello: *Andrés Bello, historia de una vida y una obra*; y otra, más reciente, de Luis Bocaz: *Andrés Bello, una biografía cultural* (en verdad mejor en la forma que en fondo) y aun otras menores. Sobre aspectos parciales de la obra de Bello se han escrito bibliotecas. Hay personas que han dedicado su vida a estudiar a Bello; el más relevante, a mi juicio, anciano, pero en buena salud, según me han dicho, Pedro Grases, español radicado en Venezuela, una verdadera enciclopedia viviente sobre el tema. En fin, son pocos los cultivadores de la historia intelectual en Chile, Venezuela o incluso América hispana, que alguna vez no hayan escrito algo sobre Bello o su obra. ¿Se puede decir más?

Iván Jaksic prueba que sí. El libro, que es una traducción más o menos libre, hecha por el propio autor, de otra biografía sobre Bello que publicara en los EE. UU. recientemente, agrega nuevo conocimiento sobre aspectos de la vida de Bello. También aporta más evidencia relativa a información que ya se tenía, parcial o fragmentaria, en particular por lo que dice relación con algunos aspectos de la vida de Bello en Londres; época sobre la cual Amunátegui tenía solo las referencias que había recogido del propio Bello y que desmerece ante el resto de su libro. Jaksic, en tanto, viajó a Gran Bretaña varias veces; se dio el tiempo para averiguar –por métodos difíciles y lentos– dónde había vivido, cuáles eran las relaciones sociales, políticas e intelectuales en orden de importancia de don Andrés y una variedad de información diversa sobre lo que fue su “vida privada” allá; encontrando papeles desconocidos del o acerca del sabio, en lugares insospechados. Y mucho material que no encontró en el Reino Unido, a veces lo vino a descubrir en Estados Unidos, en Venezuela y en Chile, incluso sobre el período londinense propiamente tal.

Sobre el joven Bello venezolano, más allá de lo dicho por los biógrafos chilenos, no mucho a decir verdad, habían escrito mayormente sus compatriotas y el mencionado erudito Pedro Grases. Pero Jaksic sistematiza, ordena y desmitifica.

Aun sobre Bello en Chile, sobre el que se había investigado –parecía– hasta lo más mínimo, el libro hace aportes.

Pero aparte de la nueva información, ¿qué nos trae el libro en materia de análisis e interpretación? El autor dice en el prólogo que pretendió tres objetivos. En primer lugar: “identificar nueva información sobre Bello, como también identificar fuentes manuscritas de y sobre Bello”, en bibliotecas de diversos países. Objetivo sin duda logrado plenamente, como recién se afirmó.

En segundo lugar: “enfatar las dimensiones personales de la biografía de Bello. El colapso del orden colonial, el rompimiento involuntario de lazos con familiares y amigos de Venezuela, la experiencia del exilio por casi veinte años (muchos más, diría yo, si tomamos en cuenta de que en Chile también Bello era, en buena medida, un exiliado), y las incertidumbres del proceso de independencia, todo ello contribuyó a formar una personalidad bastante más compleja y ambivalente de lo que han mostrado las biografías más apologéticas de su persona”.

Este segundo objetivo, complejo y muy ambicioso, también puede considerarse logrado. Creo, sin embargo, que el autor –quien bien conoce la angustia del exiliado– situación que no ha de haber sido muy diferente a comienzos del siglo XIX que a fines del XX: siempre temeroso e inseguro, desarraigado, precario; pudo decir más. Además, ¿cuánto influyó esto en el hecho que Bello encontrara un verdadero refugio en la actividad intelectual absorbente? Creo que bastante. Iván Jaksic lo dice, pero quizá también se podría haber abundado mayormente al respecto, aun cuando se cayera en la especulación, cosa que Jaksic jamás hace y esto –aunque desde otro punto de vista– quizá sea bueno historiográficamente.

Que el pensamiento ambivalente de Bello sobre la independencia de América hispana, sobre el sistema republicano mismo, al menos como el más adecuado en las nuevas naciones y su “pasión por el orden”, surgieran de su visión del panorama de anarquía y desgobierno que estas mostraron durante las primeras décadas de su vida como estados nacionales, es sin duda uno de los aportes más interesantes del libro. No es que eso no se hubiera dicho antes; pero jamás en un alegato tan profundo y convincente. Quizá lo único que cabría agregar al respecto es que posiblemente la personalidad misma de Bello, una vez desvanecidos los primeros ardores juveniles y románticos, vino también en ayuda de esa tendencia conservadora y desconfiada de las ideas políticas liberales y modernas, las que sin embargo, admiraba intelectualmente.

El tercer objetivo está estrechamente ligado al segundo: “delinear el papel central que jugó Bello (y otros intelectuales hispanoamericanos de la época) en el proceso de construcción de las naciones (latinoamericanas, se entiende)” (pág. 21) y, en definitiva en: “identificar modelos políticos viables” (pág. 22).

Sea o no tan importante la influencia de Andrés Bello en la formación de “modelos políticos viables” para América hispana, el punto lleva a analizar la estatura intelectual (y moral) de Bello como pensador político. En el libro queda bien esbozada. Bello fue un hombre de cultura muy amplia, quien, después de sus dudas promonárquicas, que parecen haber nacido en Londres ante el espectáculo de la anarquía americana, pero haberse desvanecido ya en la época en que llegó a

Chile o poco después, fue intelectualmente un liberal político; pero un liberal todavía aterrorizado frente a lo que vio y veía todavía en su América cuando ese liberalismo se trataba de concretar en “modelos políticos viables”. Así, se refugió en el orden autoritario, posiblemente en espera que una decantación social y cultural hiciera posible un tránsito tranquilo y “ordenado” hacia las fórmulas liberales. Iván Jaksic hace ver bien esto. Sin embargo –pensamos–, podría haber matizado más la actitud de Bello en relación a este problema. Enfatizar que para el sabio venezolano-chileno, su postura conservadora, no derivaba del ámbito intelectual, sino que era algo transitorio y de orden práctico.

Al contrario de algunos grandes del pensamiento europeo de la época, ya intelectualmente inseguros de las ideas políticas encarnadas históricamente en la institucionalidad y sociedad burguesa y liberal existentes en el viejo continente, ya cerca de mediados del siglo XIX, Bello no dudaba de ellas. Me refiero a los socialistas utópicos (incluyendo a Marx, por cierto, que ha venido a resultar tan utópico como los que él lapidaba con ese epíteto) a los que Bello no dedicó casi palabra ni demostró respeto intelectual, y –en el otro extremo– a los pensadores conservadores, ya sea de la línea pragmático-prescriptiva de Burke y sus discípulos alemanes o el de los franceses dogmáticos de la línea de de Maistre y Bonald, padres del integrismo monárquico, que renacería en la Francia de la primera mitad del siglo XX, y que según Jaksic Bello rechazaba explícitamente (pág. 154). Todos ellos estaban escribiendo (o al menos eran plenamente vigentes) por lo años en que Bello se formaba y producía y sin duda un hombre de sus lecturas tiene que haber tenido noticia informada de ellos. Es cierto que es posible que los conservadores de la línea de Burke quizá influyeran sobre su pensamiento durante los años londinenses, pero a la larga no lo llevaron a dudar intelectual y seriamente de su liberalismo teórico. Fue lo que vio en América lo que lo asustó.

El Bello de la época chilena ya parece completamente seguro de que tiene la receta política para las naciones de nuestro continente: en el presente, un orden autoritario de facto, temperándose cada vez más, en espera de la transición al liberalismo moderado e impersonal en un futuro a determinarse.

Iván Jaksic, desde el presente, tiene de sobra el nivel para darse cuenta del peligro que significa el exceso de confianza en una fórmula política, la que, además, en este caso, parecía inaplicable en la práctica; y que este era un defecto del Bello intelectual (como de casi todos en su época, es cierto). Lo hace ver (págs. 154 y 263, su síntesis final), pero lo dice tan indirectamente, tan apabullado por el “Bello estatua”, que la reflexión crítica casi pasa inadvertida. Aminora la cuestión enfatizando que a Bello no le interesaba mayormente la “política cotidiana”, frase que se puede considerar casi contradictoria con la intención de incluirlo entre los intelectuales de nuestro continente que lucharon por “identificar modelos políticos viables”, lo que califica como “el tercer objetivo de su libro”... difícil arte el de la biografía. Pero que el problema queda planteado no hay duda y ahora solo queda el profundizar en él. El mismo Iván Jaksic parece la persona más indicada para hacerlo.

Sin embargo, el libro merece ser comentado aun por otros rasgos, todos positivos. Se trata de una estupenda investigación y una síntesis notable y nada fácil de

hacer, porque –de más está decirlo– los temas que preocuparon a Bello fueron muchos y todos, o casi todos, los conoció en toda su profundidad, lo que ciertamente obligó al biógrafo a aproximarse al mismo desiderátum. Pero Jaksic muestra una enorme erudición y está a la altura de la tarea. Se enfrenta a la poesía medieval, al derecho, a la filología, a las políticas y tendencias educacionales de la época, a la teoría historiográfica y, a mi modo de ver, de todas estas pruebas sale airoso, explicando claramente y con buen sentido muchas difíciles cuestiones. Que hubo de leer mucho para conseguir este resultado es evidente.

Con todo, de nuevo, quiero agregar que Iván Jaksic debió dejar en claro que la *Filosofía del entendimiento* está casi por completo superada, que la *Gramática de la lengua castellana* (aunque monumental) sobrevive solo de manera muy parcial. Ambas obras tienen valor principalmente histórico. En fin creo que lo que mejor está vigente de toda la obra de Bello es el *Código Civil* chileno, lo que no es una hazaña menor, después de 150 años. Jaksic así lo da entender por lo demás.

Está el libro de Jaksic, además, muy bien escrito. Y, en materia de fondo, incluso en los que hemos hecho notar que podrían ser sus defectos, ausencias o exageraciones, está ciertamente mucho más matizado y redactado en un lenguaje muy cuidadoso. Nada tiene de lo ampuloso de otros de los biógrafos o estudiosos anteriores en los cuales el adjetivo llega a ocultar el contenido. La biografía de Bello de Iván Jaksic está muy lejos de ser una apología cerrada y menos una sacralización de Bello como tantos –quizá la mayoría– de los libros que sobre él se han escrito; solo que podría haber sido (en un par de cuestiones) más crítica.

Otra observación. Siguiendo la tradición del “bellismo”, este es un libro serio, terriblemente serio. ¿Es que Bello está condenado a la seriedad de los estudiosos?, o es posible encontrar a un Bello más humano, no el prócer lejano e intocable (“Mi abuelo de piedra”, como decía Joaquín Edwards Bello). Iván Jaksic, si bien puede ser terriblemente serio cuanto se le tocan algunos temas y problemas, es también un hombre de un humor e ironía notables, aunque algo hay en el libro que comentamos, ¿por qué no los aplicó más en sus estudios bellistas? Me inclino a creer, de nuevo lo digo, que el “Bello estatua lo impresionó”. Pero... nadie es estatua; o, si se quiere, tantas se han erigido para después derribarse... lo que, es cierto, sin embargo, difícilmente suceda con Bello.

Lo mismo cabe decir en relación al Bello íntimo. El Bello histórico es fundamentalmente un “hombre público”, tan público que incluso algunos rasgos de su vida privada, que se conocían, se solían comentar desde una perspectiva pedagógica o erudita. Iván Jaksic toca aspectos de la vida privada de Bello, pero, una vez más, tímidamente los que podrían no serle favorables. Su condición de mujeriego, por ejemplo, y su (legendaria es cierto) numerosa prole ilegítima. Distinto es el caso de otros, poco conocidos y de distinta índole, que desarrolla con gran delicadeza y mayor extensión, como su rota y reanudada relación con su madre.

Cabe también referirse a los apéndices y otro material que el libro de Jaksic incluye: una lista de los hijos de los dos matrimonios de Bello; cartas diversas, listas de manuscritos y una buena bibliografía, aunque muy lejos de ser exhaustiva, lo que habría requerido un libro quizá tan largo como el que comentamos.

Para terminar, la biografía de Bello por Iván Jaksic, sin duda, dará que hablar, quizá no en el mundo de la intelectualidad norteamericana, donde los que conocen verdaderamente a Bello lo más probable es que no sean más que diez. Pero sí en Venezuela, Chile y otros países de la América hispana. Lo merece, ha pasado a ser “la” biografía de Andrés Bello y las de Amunátegui y los demás solo serán imprescindibles para los especialistas.

Pero ¿se acabó el Bello persona después de la biografía que comentamos? No, ciertamente.

Se puede y quizá se deba decir más sobre el Bello íntimo, el exiliado, en Inglaterra y en Chile, el temeroso frente a la autoridad, el pensador político, como ya argumentábamos largamente más atrás. Pero sin duda la obra que comentamos quedará como un hito de la historiografía chilena y posiblemente hispanoamericana.

CRISTIÁN GAZMURI

MATEO MARTINIC. *Menéndez y Braun. Prohombres patagónicos*. Punta Arenas. Ediciones de la Universidad de Magallanes, 2001, 433 págs., láminas.

El profesor Mateo Martinic, cuya importante obra historiográfica sobre Magallanes demuestra su profundo conocimiento del pasado y su cariño por esos territorios, nos entrega ahora una biografía de dos grandes empresarios patagónicos: José Menéndez y Mauricio Braun. Es una historia de vidas paralelas que convergen cuando este último se casa con Josefina Menéndez Behety, hija del primero. Punta Arenas no era una ciudad grande, y vistas las frecuentes oportunidades de encuentro entre ambas familias, resultaba natural el matrimonio de este joven empresario con la hija uno de los dos hombres más acaudalados de la región. Cabe observar que el otro magnate regional era José Nogueira –cuya vida ha sido estudiada por nuestro autor en una monografía anterior– fue casado con Sara Braun, la hermana de Mauricio, a quien dejó como heredera.

No solo se entrelazaban las familias; también los negocios: en un comienzo, la relación era, las más veces de competencia, pero a medida que se avanza en el tiempo, se aprecia un creciente nivel de colaboración. A decir verdad, las actividades económicas de los personajes reciben más atención que los aspectos familiares y domésticos. La perspectiva para abordarlas no es tanto como casos de estudio de historia empresarial sino como otra forma de aproximarse a la historia regional.

Uno de los puntos que el autor destaca es la clara separación de los negocios a pesar de las relaciones de parentesco. Quizás ello obedezca en parte a los diferentes estilos para administrar sus asuntos. Mientras Braun se apoyaba en socios y colaboradores de confianza, rasgo que comparte con su cuñado Nogueira, José Menéndez tendía a concentrar todo en sus manos. Llama la atención lo reacio que se mostraba este para delegar el poder de decisión en su hijo Alejandro y en incorporar a sus otros hijos varones en los negocios, aun cuando esperaba que

fueran los naturales continuadores de los mismos. De ahí las tensiones producidas entre padre e hijos a raíz de la partición de bienes tras la muerte de su mujer. La correspondencia que se reproduce al respecto resulta de particular interés no solo porque aclara situaciones, sino también por ser reflejo de una mentalidad característica de muchos *self made men*.

No se sabe demasiado de los primeros años de José Menéndez ni de la familia de Braun, hasta su llegada a Punta Arenas y durante sus primeros años en la colonia. A ello contribuyen, sin duda, los efectos de la sublevación allí acaecida. Sin embargo, la información disponible aumenta a medida que se avanza en el tiempo; los personajes van cobrando mayor nitidez y sus actividades adquieren mayor prominencia. Un rasgo común de ambos empresarios es la variedad de sus negocios. Estaban metidos en todo: Menéndez tenía naves, habilitaba expediciones loberas, participaba en la explotación de naufragios, incursionaba en la crianza de vacunos y caballares, se interesaba en la explotación de oro y traficaba con los tehuelches, además de manejar su establecimiento de comercio general donde se vendía desde artículos navales y ferretería hasta abarrotes, ropa y calzado. Mauricio Braun, en sociedad o por su cuenta estaba activo en varios de estos rubros, además de la explotación maderera y la caza de ballenas. Este quehacer múltiple se explicaría tanto por el reducido tamaño de la economía local como por las diversas oportunidades que se presentaban a las personas emprendedoras que dispusieran de capital.

Sin embargo, la fortuna de ambos –y de varios otros empresarios de la zona, por lo demás– se fundaba en la ganadería ovina, el gran producto de exportación de Magallanes y soporte de la economía regional. La más importante de estas compañías ganaderas era la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego, organizada a partir de las concesiones a José Nogueira y puesta en marcha gracias al empeño de Mauricio Braun. El profesor Martinic aclara la situación producida con Ramón Serrano Montaner en el momento de la organización de la compañía. Si aún quedan algunos vacíos en la historia de los primeros años de esta empresa, se debe a la falta de las fuentes respectivas.

El autor recoge las quejas de Mauricio Braun y de otros ganaderos locales por no haberseles dado preferencia en la licitación de tierras magallánicas de 1903 y por los altos precios pagados por otros postores en los remates. Sin embargo, su apreciación sobre el valor de la tierra –que el autor recoge– resultó demasiado conservadora. Un par de años más tarde, la Sociedad Ganadera de Magallanes formada a partir de los terrenos adquiridos en estas subastas, se fusionó con la Explotadora en una operación ideada, al parecer, por Pedro McClelland, jefe de la casa Duncan Fox en Chile. Si la operación dejó un importante beneficio para los accionistas de la Ganadera fue porque sus tierras habían adquirido un valor mucho mayor que los precios supuestamente altos pagados por ellas. Esta fusión fue el paso previo a un acuerdo con los principales interesados en las tierras de Última Esperanza próximas a salir a remate, acuerdo que permitió disminuir la competencia. Es muy posible que en el curso de estos arreglos, la participación de Braun en la Explotadora se haya diluido a favor de Duncan Fox y los nuevos accionistas.

El arreglo previo al remate de las tierras de Última Esperanza, que Martinic califica de jugada magistral, aparecía para los contemporáneos como un contubernio entre los grandes estancieros magallánicos. Walter Harry Young, quien como gerente del Banco de Tarapacá y Londres había conocido Magallanes por aquella época en el curso de sus visitas de inspección, anota al respecto:

El Gobierno de Chile, en beneficio de una cierta pandilla de escoceses y chilenos acaparadores de tierras, [las] liquidó tontamente en una subasta pública que había sido completamente copada por la pandilla¹.

Hace su comentario a propósito del mayor valor que habían adquirido las tierras magallánicas, lo que había enriquecido a muchos ganaderos pequeños y especialmente a los grandes propietarios, sobre los cuales vierte fuertes críticas:

No es prudente preguntarles cómo consiguieron tomar posesión de tantas leguas de tierra... Los hombres a que me refiero no son ingleses, gracias a Dios; aunque conozco a uno o dos escoceses que se les parecen mucho. En buena o mala forma han arrebatado la tierra y piensan quedarse con ella “para fundar una familia” y purgar el pasado. Con sus hábitos procreadores se multiplican como conejos y su producción anual es casi equivalente al aumento de los corderos; pero gracias a la habilidad del padre hay bastante tierra para todos los chiquillos, por muchos que sean. Que vengan todos, pues, y que el papá y la mamá continúen el buen trabajo *con amore*².

Y refiriéndose a sus adquisiciones de tierra, agrega más adelante que “en pocos años más uno no podría lanzar un palo sin pegarle a un Braun o un Blanchard, un Menéndez o un Campos”³. Considerando que Juan Blanchard, era el socio de Braun en la empresa naviera y la casa comercial, y que Francisco Campos, el yerno de Menéndez tomaba una parte cada vez más activa en los negocios del suegro, no cabe duda hacia dónde iba dirigida la artillería.

Por lo demás no eran solo la tierra y las ovejas. Como bien observa el profesor Martinic, la presencia de las familias Menéndez y Braun se extendía a los negocios marítimos, el comercio, la banca, los seguros, actividades industriales y pesqueras. Más aún,

lo que quedaba fuera del control directo o indirecto de ambos empresarios... de cualquier manera se hallaba vinculado por lazos de afinidad familiar (políticos) de amistad o de concurrencia en negocios ocasionales o permanentes⁴.

El autor habla de un “oligopolio económico” que resulta como una consecuencia natural de esta concentración de actividades en manos de la familia. La explicación está en la capacidad empresarial de Menéndez y Braun que superaba con creces el potencial del territorio, según lo da a entender el propio autor. Magallanes les queda-

¹ Walter Harry Young, *A merry banker in the Far East (and South America)*. London, The Bodley Head, 1917 193.

² *Ibíd.* 195.

³ *Ibíd.* 209.

⁴ Mateo Martinic, *Menéndez y Braun*, 289.

ba chico. Así vemos cómo ambas familias extendieron sus actividades ganaderas, comerciales y navieras a la Patagonia argentina donde las oportunidades para obtener tierras eran mayores. Este movimiento había comenzado en un tiempo en que la unidad de la región gravitaba más que la línea fronteriza; cuando ambos estados, Argentina y Chile, hicieron sentir con más fuerza el peso de la autoridad central, Braun y los Menéndez Behety debieron formar sociedades en ambos países. El énfasis del libro está en las actividades chilenas de los Menéndez y Braun, en parte por la presencia más temprana y más gravitante en nuestro territorio, pero también, sospechamos, por la disponibilidad de fuentes. Este carácter binacional de las familias se aprecia con claridad cuando comienza el desplazamiento desde Punta Arenas a partir de la segunda década del siglo pasado: mientras unos se establecen en Santiago y Valparaíso, otros lo hacen en Buenos Aires. Punta Arenas sigue como punto de referencia y lugar de encuentro de una familia extensa (y ya se puede hablar de una y no de dos), pero está claro que el futuro de sus distintos miembros ya no estaba allí.

Esta mudanza fue aparejada al inicio de la decadencia de la economía magallánica en la segunda década del siglo XX, agravada por el cambio en las rutas comerciales a raíz de la apertura del canal de Panamá y también por el establecimiento de una aduana en Punta Arenas, lo que se tradujo en un inmediato encarecimiento de la vida, con sus consiguientes efectos sociales. Aunque el empuje empresarial de las familias se mantuvo, no hay duda que el ambiente de negocios era menos propicio. También parecen disminuir las fuentes de información, pues los hechos se presentan en forma más general. El autor acierta al comparar los homenajes rendidos a la muerte de José Menéndez en 1918 con las expresiones “en un tono menor” vertidas a la muerte de Mauricio Braun en 1953. Eran señales de los tiempos.

Este nuevo capítulo de su gran historia magallánica debe haber representado todo un desafío para el profesor Martinic. En términos generales, el acceso a las fuentes para la historia empresarial se ve limitado tanto por la acción del tiempo como por la natural reticencia de las compañías de hacer públicos sus negocios. Es difícil, asimismo, penetrar en la intimidad de vida familiar que es, por excelencia, el ámbito de lo privado. El éxito con que el autor ha sorteado estos obstáculos confirma su reconocida capacidad y versación que le han valido el Premio Nacional de Historia. Esta obra, escrita con conocimiento y elegancia, constituye un valioso aporte al conocimiento que trasciende el ámbito regional.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN

RAFAEL SAGREDO BAEZA. *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*. Santiago y México, D.F., Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la DIBAM y El Colegio de México, 2001, 564 págs., mapas, fotografías, cuadros y anexos.

El título de esta obra de Rafael Sagredo Baeza no permite formarse una idea de su amplio alcance conceptual e histórico. Está construida sobre la base de una

investigación de los viajes gubernamentales de José Manuel Balmaceda. Como Ministro, y luego como Presidente, Balmaceda recorrió el país y sus viajes son mirados en este libro a través de lentes diversos, tales como los debates legislativos, las memorias de personajes de la época y las historias tradicionales, privilegiando la prensa, las caricaturas humorísticas y la iconografía nacional y regional. Con el pretexto de historiar los viajes de Balmaceda, el autor nos ofrece no solo una interpretación alternativa y fascinante del período posterior a la Guerra del Pacífico, sino una visión renovada de las transformaciones socioeconómicas y políticas experimentadas en el país después de 1879. Es una revisión histórica que, ligando las disciplinas como la geografía social, la historia y la ciencia política, permite entender los viajes de un Ministro de Estado y un Presidente de la República como “una forma moderna de hacer política” que, sin embargo, “se volvió en contra de aquel que más sistemáticamente la puso en práctica” (p. 32).

Una de las contribuciones importantes de este libro es, precisamente, el método empleado por el autor. La investigación de los viajes políticos es utilizada como instrumento para el conocimiento histórico, interpretando dichos viajes como una expresión política, cuyas implicaciones económicas, sociales y culturales forman parte del proceso de modernización experimentado en la segunda mitad del siglo XIX. Como toda visión renovada, algunas de las propuestas históricas e historiográficas planteadas por Sagredo pueden ser discutibles. Pero no cabe duda que las premisas y las preguntas que fundamentan esta investigación han permitido enriquecer la historia, y *la historia de la historia* chilena respecto del siglo XIX. Además, las fotos, la iconografía, y la revisión de la prensa entre 1861 y 1891 aumentan el valor de esta obra, de manera difícil de expresar, sin reproducir ejemplos de la integración de texto, iconografía y fotos que hace de este libro algo especial. Incluso, se le podría criticar por su exceso de detalles, fotos y caricaturas, pero para mí, adicto confeso de la historia de Chile en sus pormenores, este aspecto del libro es un regalo que se puede gozar una y otra vez. Es decir, el libro puede parecer demasiado largo, pero yo no sé, sinceramente, qué partes se podrían haber suprimido.

Rafael Sagredo parte de la premisa de que un análisis detallado y profundo de los viajes de Balmaceda puede tener un gran valor como instrumento para conocer y comprender los procesos históricos. Señala, también, que el hecho material del viaje y los significados que de él se desprenden no han sido aprovechados suficientemente por los historiadores (p. 29). Propone, que al contestar algunas preguntas directas y “simples” sobre los viajes de Balmaceda —¿por qué viajó tanto José Manuel Balmaceda?; ¿qué representan sus viajes en nuestra evolución histórica?— se puede comprender mejor las transformaciones políticas y socioeconómicas del país.

Esta metodología es inédita en Chile. El autor nos lo hace saber explícitamente y enfatiza que el estudio en detalle de los viajes gubernamentales, la dramaturgia del poder y el papel de la prensa política permite comprender mejor los procesos políticos. Para llevar a cabo una investigación de este tipo se requiere, como base empírica, documentar los pocos viajes a provincia que hicieron los gobernantes antes de Balmaceda y todos los viajes de Balmaceda como Ministro de Estado (desde 1883) y como Presidente. En sí, es un trabajo de gran envergadura. Los

anexos al texto incluyen los lugares visitados por Balmaceda y su número de habitantes; los itinerarios, horarios y actividades; una lista de los oradores y fotos de la época. La expansión del territorio nacional desde mediados hasta fines del siglo XIX se ilustra con mapas originales y comentados (el mapa de Chile a mediados del siglo, p. 56, y el mapa de Chile en 1886, p. 75). Paralelamente, se considera el desarrollo del estudio de la geografía, sobre todo con la publicación del primer manual de geografía editado en el país (Enrique Espinoza, *Jeografía descriptiva de la república de Chile*, 1890), la expansión territorial y la consolidación de una conciencia nacional y patriótica que se asociaban también con el crecimiento y estructuración de instancias especializadas del Estado. Además, se recuerda la pugna entre las fuerzas sociales conservadoras, especialmente la Iglesia Católica, y las tendencias liberales desde la formación de la república hasta 1883, la introducción de nuevos medios de comunicación y transporte (navegación a vapor, ferrocarriles y telégrafo) y los periódicos que intentaban moldear la opinión pública.

Sagredo relata estos cambios como marco para entender el contexto de la época de Balmaceda. No pretende ofrecer una historia nueva sobre el primer medio siglo de vida nacional y afianza su narrativa en fuentes clásicas: Sotomayor Valdés, Barros Arana, Edwards, Villalobos. No obstante esta referencia a los clásicos, la breve síntesis del período 1810-1883 (pp. 33-55), incorpora las interpretaciones de las más importantes investigaciones recientes sobre la historia social y económica. Igual cosa ocurre respecto al relato sobre el período 1883-1891.

El trabajo original de investigación da como resultado una narrativa detallada, extendida y entretenida. Esta contribución, que sería valiosa por sí misma, para Sagredo es, sin embargo, el fundamento esencial desde el cual aproximarse a nuevas interpretaciones de la historia del país. De hecho, la historia de los viajes de Balmaceda empuja al lector a reconsiderar la evolución política y socioeconómica de Chile en el siglo XIX. Resulta también una visión del gobierno de Balmaceda menos atada a las tradicionales lealtades y sesgos ideológicos que han caracterizado la historiografía sobre la presidencia de esta figura trágica en la vida nacional. Claramente, el autor admira a Balmaceda por su visión de país y su proyecto de modernización, pero su metodología empírica y su minuciosa investigación le llevan a una reinterpretación compleja de la trayectoria y del gobierno del Presidente que se suicida en 1891. También de la historia chilena que se transforma con los cambios territoriales y los imaginarios “nacionales” que se asocian con la ampliación geográfica y su relación con una sociedad que, cuando Claudio Gay escribió la historia física y política, estaba prácticamente limitada al tradicional valle central, pero que se extendió hacia el sur y el norte entre 1860 y 1884 mediante inversiones económicas, migraciones, colonizaciones, expansiones de las instancias estatales (tales como la emblemática Oficina Central de Estadística) y conquistas militares.

Rafael Sagredo, tal vez más que otros historiadores nacionales, ha enfatizado el significado de esta expansión territorial para la formación de “la idea de país” vigente en la época de Balmaceda (p. 74). Al menos para un investigador no chileno, llama la atención cómo a veces parece aceptar sin mucho cuestionamiento

algunos “aciertos” chilenos –como que el país era “excepcional” y que era una nación que hacía honor al coro de su himno nacional: Dulce patria, recibe los votos, con que Chile en tus aras juró que, o la tumba serás de los libres o el asilo contra la opresión”. La verdad sea dicha, el Chile de 1830 hasta 1861 había ofrecido asilo a varios extranjeros, a la vez que sacrificaba y exiliaba en la misma época a varios héroes de la independencia y a los más destacados exponentes de la libertad y de un quiebre con el pasado colonial– los liberales y luego los “socialistas” de la generación de 1848. La excepcionalidad chilena incluye ser el primer país de América Latina con “estado de sitio” en su Constitución y también el primero que estableció consejos de guerra permanente en las provincias. Contra la “opresión” algunos sectores del país, al menos hasta 1861, no encontraban asilo en Chile, sino que tenían la necesidad de exiliarse al norte y al este.

Este “natural” orgullo por la supuesta singularidad chilena que, por otra parte, puede ser interpretada alternativamente como una descripción de la noción de país excepcional compartida por las elites nacionales desde la década de 1850, no impide que Sagredo examine de manera crítica y cuidadosa la historia política y electoral del país entre 1861 y 1886 (pp. 77-115), cuando Balmaceda asume la presidencia. Sobre todo recalca la lucha por disminuir la influencia de la Iglesia, ilustrada por una caricatura de *El Padre Cabos* del 18 de septiembre de 1883, en que las estrofas del himno nacional arriba mencionadas, se convierten en “Que la tumba será de los jotes, Pero nunca tendrá inquisición”. En 1884-85 los viajes al sur del ministro Balmaceda con Santa María se asociaban con la celebración de las leyes laicas: “los porteños recibieron a los gobernantes con leyendas como “Nada con Roma, Instrucción Laica, Viva el Partido Liberal y Viva Santa María” (p. 229). Como antecedente de los viajes de Balmaceda, Sagredo también recuerda la campaña de Benjamín Vicuña Mackenna en 1876.

Pero el punto central sería que fueron los viajes de Balmaceda los que instauraron este instrumento como práctica común y como elemento político central en la vida del país. La tesis del autor es que Balmaceda incorporó los viajes a provincia de manera *sistemática* en la política chilena. Así, describe los preparativos de los viajes, la comitiva oficial, las recepciones, los medios de transporte, los aprestos en las provincias, las medallas selladas y repartidas, los discursos, la cobertura de la prensa gobiernista y de la oposición, la “participación popular” y la política concreta, con promesas y compromisos que se asociaban con los viajes. Sagredo insiste en que, aun cuando el presidente Santa María también viajaba, “no se desplazó sin Balmaceda, y, más significativo todavía, cuando salieron juntos, y aun considerando que uno era el Presidente y el otro solo su secretario de Estado, Balmaceda fue quién cumplió un papel más activo y se dejó apreciar más cercanamente por las poblaciones visitadas” (p. 225). El historiador anota la singularidad del viaje de 1885 a Valparaíso, cuando el presidente Santa María fue el protagonista absoluto.

No queda duda que con esta metodología Sagredo tiene gran éxito al ilustrar el cambio de la opinión pública, la polarización que lleva a la guerra civil de 1891 y el desenlace trágico para Balmaceda y el país. Todo ilustrado con el último viaje

del presidente Balmaceda, el que lo llevó al frente de batalla para juntarse con los restos de su ejército, viaje que resultó un completo fracaso. Relata Sagredo que “en la ocasión, en vez de la Canción Nacional y las aclamaciones de otras épocas, los viajeros solo percibieron, una vez en marcha el tren, el ‘tiro de revólver’ de un anónimo sujeto cuyas intenciones no eran muy buenas” (pp. 403-404). Balmaceda no pudo llegar a su destino porque estaba destruida la línea férrea, que era en cierta manera un símbolo de la modernización patrocinada por el Presidente derrotado. El autor destaca que este viaje presidencial, igual que los otros, se organizó por motivos *políticos*, en este caso para alentar a las tropas gobiernistas ante una batalla decisiva contra el ejército rebelde. Balmaceda había llegado a creer que la figura y la imagen presidencial todavía podrían salvar la situación desesperada de su ejército y de su gobierno.

Es aquí, en este momento culminante de la guerra civil, cuando Sagredo decide introducir una discusión sobre la evolución de la institución de la Presidencia, desde los Directores Supremos que gobernaron en el período postcolonial (pp. 412-417). Para mí, es una interrupción innecesaria en la narrativa, materia que si tuviera alguna importancia, se habría podido introducir 300 páginas antes. Pero Sagredo la utiliza para seguir con una interpretación de la cambiante imagen de Balmaceda como Presidente, punto que el lector ya ha entendido suficientemente mediante el relato anterior, aunque se debe reconocer que las fotos e iconografía en esta sección también ayudan a explicar las políticas y conductas que hacen comprensible la evolución de Balmaceda desde “ilustre Presidente”, a “dictador” odiado.

Sagredo termina el libro con una discusión sobre el viaje presidencial como espectáculo, concluyendo que, en esencia, los viajes de Balmaceda fueron “una dramatización del poder cuyo objetivo fundamental fue el de suscitar imágenes políticas destinadas a producir efectos en la opinión pública” (p. 496). Es difícil discrepar cuando el autor afirma que los viajes de Balmaceda tuvieron estas consecuencias. Sobre todo se ve en la prensa y los discursos asociados con el viaje al sur en 1890 (pp. 351-367), que los viajes balmacedistas, en sí, sirvieron de teatro político tanto para el gobierno como para la oposición y que este “teatro” de la oposición tenía como propósito reforzar su ofensiva contra el Mandatario en el Congreso y evitar que el candidato balmacedista se impusiera en los comicios presidenciales por venir. Balmaceda, por su parte, aprovechó la inauguración del viaducto de Malleco para advertirle a la oposición que “por grandes que hayan sido o pudieran ser en lo futuro las pruebas a que nos veamos sometidos por el destino o por los acontecimientos, no he vacilado ni vacilaré un solo instante en el cumplimiento de mis deberes como primer servidor del Estado” (p. 368). ¿Sería una entre varias amenazas, o era una advertencia, una prevención ante el peligro de guerra civil que se vislumbraba?

Aun aceptando, como explica Sagredo, que los viajes fueron “una dramatización del poder”, la idea de que Balmaceda pensaba “transformar el imaginario” nacional me hace preguntar si ello ¿no implicaría enmarcar la política del siglo XIX con un análisis más cercano a las visiones de Foucault y Gramsci, cuando los actores, en este caso, sobre todo Balmaceda, pensaba tal vez menos en “transfor-

mar el imaginario” que en consolidar alianzas locales, arreglar las elecciones por venir, programar obras públicas y hasta ejercer los privilegios de su poder, para gozarlo con sus correligionarios?

Para mí, es una leve sobreinterpretación de lo que, sin duda, fue un estilo de hacer política más moderno, iniciado por Vicuña Mackenna, que fue evolucionando desde entonces y que fue practicado por Balmaceda rutinariamente. Como bien lo demuestra Sagredo, Balmaceda quiso ligar su nombre a todos los edificios que hacía levantar –anticipando el populismo no solo de otros chilenos por venir, sino de todas las Américas–, como se ejemplificaría en el populismo de las obras públicas masivas de Leguía y Benavides en Perú, de Gómez y Pérez Jiménez en Venezuela, de Vargas en Brasil, de Rojas Pinilla en Colombia y de Perón en Argentina. El compromiso de Balmaceda con la construcción de líneas férreas, se ve también como una manera de unir el país físicamente, facilitar el movimiento de tropas, promover el desarrollo económico y satisfacer clientelas regionales más que alguna iluminación respecto a la necesidad del espectáculo como manifestación pública del poder (p. 501). Es posible, por supuesto, que Balmaceda combinara una compulsión por las obras públicas de tipo populista, con una estrategia comunicacional también moderna, interpretación que la evidencia que Sagredo presenta hace plausible. En efecto, el autor demuestra claramente que “el espectáculo” del poder, mediante los viajes de Balmaceda y los ritos asociados, se iban incorporando al abanico de la política chilena. Pero la idea de que Balmaceda y los suyos tuvieron una sensibilidad artística y propagandística análoga a la de los constructores de la “campana del no” de 1988, o que el último viaje de Balmaceda al frente durante la guerra civil de 1891 tuviera la orquestación dramática como objetivo explícito y consciente, es discutible.

Esta duda no implica que el autor no tenga razón en su afirmación de que Balmaceda “formó verdaderos cortejos cívicos destinados a impresionar a las poblaciones visitadas, a demostrar su autoridad y, en virtud de todo lo expuesto, captar la adhesión de la opinión” (p. 503). Ni tampoco que Balmaceda no convirtiera en “religión política” el nacionalismo y sus símbolos. Incluso, Sagredo demuestra bien la transformación de los viajes presidenciales en instrumentos políticos y cómo su uso, también por la oposición, en cuanto “teatro político”, se convierte en parte integral de la cultura política y mentalidad de la época. Esta transformación termina en, “por una parte, la dramática devaluación de la imagen pública de la figura presidencial, hasta transformarla en un obstáculo para la existencia republicana del país. Y, por otra, en la polarización de la sociedad, su división en bandos irreconciliables que en su disputa por una primacía que no se resuelve políticamente, finalmente, llevan al uso de la violencia en su afán por imponerse el uno sobre otro” (p. 512).

Aunque Sagredo no profundice en ella, esta conclusión sobre el impacto de la dramatización de la política y la polarización expresada en la prensa que anticipaba la guerra civil de 1891, incluso, la demonización del Presidente de la República, podría servir como conclusión de muchos libros publicados después de 1973 sobre otro quiebre institucional chileno. Tan cierto es esto, que no me queda claro, si

Balmaceda y su política comunicacional eran más modernos de lo que antes se imaginaba, ¿o es que el historiador Sagredo es más moderno en su interpretación de la época de Balmaceda que el Presidente protagonista de esta historia? No importando cuál sea la respuesta definitiva a esta pregunta, creemos que desde ahora toda investigación respecto de la época de Balmaceda, o sobre la modernización política del país, tendrá en este libro un referente indispensable.

BRIAN LOVEMAN

ALEJANDRO SAN FRANCISCO R. *Pablo Neruda 1971-2001. A treinta años del Premio Nobel*. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario. Santiago, Chile 2001. 160 págs.

Este libro intenta reconstruir los alcances que se le asignaron en Chile a la concesión del Premio Nobel de Literatura otorgado a Pablo Neruda en el año 1971, destacando que la nominación significó el último momento de consenso en una sociedad cada día más polarizada en torno a los temas políticos y la revolución propuesta por el gobierno de la Unidad Popular. El consenso tuvo como base la convicción largamente extendida de que Neruda merecía la distinción dada la calidad de su ya extensa obra poética y que bien podría haberla recibido unos años antes dados los méritos reunidos desde hace tiempo. Este último punto es destacado de manera importante por Alejandro San Francisco al sostener que el premio no fue comprendido, principalmente, en Chile cómo un apoyo internacional al proceso político chileno, si bien esto no dejó de ser resaltado por el gobierno de Salvador Allende. En efecto, los documentos que se incluyen en la segunda parte de este libro, y que reproducen los homenajes rendidos al poeta en ambas cámaras del Parlamento, evidencian cómo desde todos los sectores se comprendió que "...el premio recaído en Pablo Neruda ha golpeado muy hondo en los corazones de todos los chilenos, despertando un sentimiento de alegría y de orgullo: alegría, porque vemos coronada la carrera de un hijo de nuestra tierra y, por lo tanto, hermano nuestro, que escaló desde un hogar sencillo las cimas de la celebridad. Orgullo, porque la distinción otorgada a Neruda nos confirma que tenemos una cultura propia y nos recuerda que el Chile de hace setenta años, tan denigrado en los tiempos ácidos que vivimos, era ya capaz de alentar el genio, aunque este surgiera en un sector modesto de la clase provinciana". Estas palabras corresponden a Francisco Bulnes en el Senado y son representativas de las muchas e interesantes intervenciones que tuvieron lugar.

El consenso se generó en torno a un poeta comprometido con la causa popular, militante del Partido Comunista, y que recibía el premio en su calidad de tal. En los capítulos I y II del libro, San Francisco incluye el itinerario de Pablo Neruda a partir de su experiencia en la Guerra Civil española, el cambio en la orientación de su poesía a partir de aquel momento y la aparición de su postura de compromiso social, compromiso que se reflejó a partir de ese momento en su obra y además en su acción como militante revolucionario. En estos pasajes no se encuentran nove-

dades en la breve exposición que hace el autor de la obra que comentamos, tema que por lo demás ha sido objeto de una vasta y completa literatura.

Si la recepción del premio despertó el entusiasmo y el acuerdo al cual ya hemos hecho referencia, la llegada de Neruda a Chile en el año 1972 y el homenaje que se le rindiera en el Estadio Nacional se dio en un contexto diferente, siendo posible sostener que todos los elementos del escenario se habían modificado con respecto al año anterior. En primer lugar, la división entre partidarios de la revolución socialista y sus detractores se había agudizado hasta grados que impresionaron al mismo Neruda, quien había pasado el último tiempo como embajador en París: “Otra vegetación salpicaba los muros de la ciudad. Era el musgo del odio que los tapizaba. Carteles anticomunistas que chorreaban insolencia y mentira; carteles contra Cuba; carteles antisoviéticos; carteles contra la paz y la humanidad; carteles sanguinarios que pronosticaban degollinas y Yakartas. Esta era la nueva vegetación que envilecía los muros de la ciudad” (Neruda en *Confieso que he vivido*, citado por San Francisco en las páginas 45 y 46). El homenaje fue realizado en un ambiente mucho más partidario, estableciéndose una relación directa entre poeta-premio-gobierno de la Unidad Popular; la unidad del año anterior no fue buscada y, probablemente, no habría sido posible generarla.

Neruda pronunció en el Estadio Nacional un discurso claramente militante. Era una demostración del compromiso que asumía con el proceso revolucionario y premonitorio de las acciones que protagonizaría durante el último tiempo del gobierno de la Unidad Popular y de su propia vida, traducidos en su activa participación en las elecciones parlamentarias de marzo y en la redacción de *Incitación al Nixonicidio* y *Alabanza a la revolución chilena*, obra a la cual San Francisco otorga mayor importancia de la que parece haber realmente tenido, si bien fue impresa por Editorial Quimantú y distribuida en los quioscos de diarios a un precio muy bajo.

Pero Neruda, cabe recordarlo, estaba enfermo y su salud se deterioraba de manera rápida. Él hizo partícipe de esta situación y de las dificultades que esto le significaba a su amigo Volodia Teitelboim, quien lo ha dejado debidamente registrado en su biografía del poeta. Resulta difícil calibrar hasta qué punto esta enfermedad influyó en el ánimo de Neruda, en la radicalización de sus posturas ante una muerte que adivinaba cada vez más cerca, cuanto puede haberlo determinado a perder la paciencia y dar rienda suelta al mal genio, cuestión que es advertible en las personas que padecen la enfermedad del cáncer.

Estos tres elementos se conjugaron en el tiempo que medió entre la vuelta de Neruda y su muerte ocurrida pocos días después del golpe de Estado de septiembre de 1973. El tránsito desde el consenso todavía posible en el año 1971 hasta la radicalización y quiebre del año 1973 es un reflejo de la situación vivida por el poeta, pero también de la del país.

Hay un aspecto del libro de Alejandro San Francisco que no queda claro y se relaciona con el subtítulo “A treinta años del Premio Nobel”. Se da a entender que hay una mirada desde la actualidad de las tres décadas ya cumplidas desde que se entregara el premio. En parte no puede ser de otra manera puesto que el libro fue escrito en el año 2001, porque Neruda sigue siendo uno de nuestros poetas más

entrañables y se le lee de manera permanente, pero más allá de eso, no se encuentra en estas páginas un desarrollo de este tema que podría haber sido muy interesante y que de alguna manera había sido prometido a los lectores.

NICOLÁS CRUZ

SOL SERRANO P. (editora). *Virgenes viajeras. Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile, 1837-1874*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000. 352 págs.

Este volumen ofrece un material documental original y atractivo: los diarios de las religiosas francesas llegadas en el siglo XIX a Chile para instalar sus respectivas congregaciones: los Sagrados Corazones, el Sagrado Corazón, las Hijas de la Caridad y el Buen Pastor. Fueron recuperados con paciente –aunque sin duda grato– trabajo en París, Angers y Roma por Sol Serrano y Alexandrine de la Taille, responsables también de su transcripción y edición. Los diarios recogen los relatos de viaje de las monjas –un largo y azaroso recorrido– y sus primeras impresiones de una sociedad que, aunque católica y urbana, les resultaba extraña y difícil de entender. Por su riqueza, y por las dificultades de tratamiento, estos relatos son equiparables a los libros de viajeros; dejan las ganas de más, y esperamos que las editoras continúen explotando este filón.

Las cuestiones que este material puede iluminar aparecen tratadas en el extenso estudio preliminar de Sol Serrano donde, incursionando más allá del material editado, ofrece un panorama amplio del papel de las congregaciones francesas en la sociedad chilena del siglo XIX. Tres historias se entrecruzan en el texto: la de las congregaciones francesas y su impulso misionero, la de la Iglesia chilena, que apoya su venida, y la del Estado, que por sus propias razones busca capitalizar la actividad de las monjas. Los tres factores le permiten a Serrano explicar la llegada de las congregaciones en términos de impulsos y atracciones, y sobre todo encontrar entre ellos cruces y efectos singulares y a veces paradójicos.

Las congregaciones femeninas mencionadas surgieron en Francia en la entraña misma de la contrarrevolución; muchas de sus iniciadoras fueron hijas de familias nobles, con padres o hermanos guillotinado o exiliados. Templadas en la subterránea resistencia a la Revolución, fueron toleradas por el Imperio y amparadas por la monarquía. Constituyeron uno de los pilares del movimiento católico contra la secularización que, antes que la Iglesia se organizara de manera militante, encontró su sustento en los laicos, sobre todo las mujeres, y en las congregaciones. Fueron, en suma, la expresión de la reacción: el Trono y el Altar. Esto era previsible; Serrano subraya que, a la vez, fueron el producto del nuevo siglo. Frente al catolicismo contemplativo o espectacular del Antiguo Régimen, propusieron una devoción activa, que asumiera la solución de los problemas de la moderna sociedad, y muy especialmente los de la educación y la pobreza. Más aún, como parte de la empresa misional, fueron uno de los instrumentos del proceso de expansión del mundo capitalista sobre la periferia colonial.

Su llegada a Chile, que no resultó fácil, fue promovida por monseñor Valdivieso, arzobispo de Santiago. En cuestiones concernientes a la relación con el Estado, Valdivieso era un ultramontano, cosa normal en su tiempo. Pero a la vez –Serrano subraya la paradoja– era un convencido de la necesidad de aplicar el programa ilustrado de reforma de la piedad “barroca”, que no había cuajado en el siglo XVIII. Como en otras partes, el problema más visible eran los conventos de mujeres que, se ha dicho, eran más bien “casas de reposo” para las señoras de la elite: sirvientas, visitas, varios goces mundanos y poca disciplina, combinados con una práctica devocional más espectacular que íntima. Se trataba de costumbres largamente asentadas y difícilmente modificables, a menos que hubiera un ejemplo alternativo fuerte.

Las monjas francesas mostraron lo que era la vida en común, la clausura, la disciplina y el trabajo. La adaptación no fue fácil, pese a su prestigio y al respaldo del Arzobispo. Las monjas francesas no tenían sirvientas –aunque sí hermanas coadjutoras, encargadas de las tareas internas–, trabajaban para ganarse el sustento y no les importaba ser vistas lavando su ropa, lo que era inadmisibles hasta para el Arzobispo. Las monjas, a su vez, no entendían bien a una sociedad que, según su criterio, combinaba una fe ingenua y profunda con manifestaciones más teatrales que útiles al bien común y a la propia salvación. Los Diarios abundan en episodios de este contacto de culturas y lenta aculturación recíproca. A la larga, sin duda, las monjas tuvieron éxito: lo prueba el número de mujeres ordenadas en las congregaciones, así como la declinación de las órdenes tradicionales.

Para el clero chileno, las congregaciones fueron un instrumento de la reforma eclesiástica, y un arma importante para enfrentar la secularización de la sociedad, sobre todo por la acción educativa y por los lazos establecidos con un sector importante de la elite; al respecto, el caso de la familia Fernández Concha es ejemplar. Impulsada por el Estado, la secularización avanzó y llegó en el siglo XX a un punto más excepcional que normal en los países católicos: la separación de la Iglesia y el Estado. Fue una historia llena de conflictos, en la cual habría sido fácil incluir a las congregaciones. Serrano elige una ruta menos obvia: subrayar la utilización que de ellas hace el Estado, como parte del tratamiento de la “cuestión social”, tempranamente planteada en Chile. A diferencia de las elites políticas, que dudan, las monjas “saben qué hacer con los pobres”: curarlos, educarlos, moralizarlos y hasta “encerrarlos”, para usar la fórmula de Foucault. En los hospitales y en la Penitenciaría las monjas mejoraron notablemente la eficiencia de instituciones, que a su llegada las impresionaron penosamente. Revelaron ser buenas administradoras, además de trabajadoras sufridas. Lo mismo ocurrió con la educación: junto con los pensionados para niñas de la elite había concurridas escuelas externas para los pobres. Más allá de los conflictos con la jerarquía eclesiástica, el Estado reconoció a las monjas su espacio de acción y las apoyó en lo que pudo, como parte de un propósito más general de impulso al asociacionismo. Porque lo de las monjas, nos dice Serrano, no era meramente la tradicional caridad –mérito para la propia salvación– sino la moderna filantropía: auténtica preocupación por el otro.

Entre las múltiples actividades de las monjas, había una que a la Iglesia interesaba más que al Estado: la educación de las mujeres, una tarea en que las congregaciones ganaron fama. Habitualmente esto se explica como parte de un gran proyecto de la Iglesia en todo el mundo católico: recuperar a través de ellas –al fin, las primeras educadoras de los niños– posiciones en una sociedad masculina y laica. Serrano agrega una segunda perspectiva. Para las propias mujeres, en la sociedad del siglo XIX ser educadas es un logro importante, una forma de trascender la domesticidad. Muchas encuentran en las congregaciones –organizaciones modernas y racionales– el espacio para el desarrollo personal: cada capacidad es apreciada y hasta pueden alcanzar importantes posiciones de dirección. Sobre todo, las monjas constituyen un modelo para las mujeres de la elite que, imitándolas, pueden avanzar sobre los espacios de poder masculinos.

El ensayo de Sol Serrano, verdaderamente iluminador, abre amplias perspectivas para la investigación. Vale la pena consignar un par de observaciones. El texto está sólidamente apoyado en estudios realizados en Francia: Charles Langlois, Elisabeth Dufourcq, y en otro aspecto Michael Foucault. ¿Hasta qué punto todo es aplicable a Chile? ¿Hay una especificidad local? Por otra parte, Serrano mira este proceso desde la perspectiva del “disciplinamiento”; pero a diferencia de Foucault no lo asocia con el “mal”. Las monjas forman parte del vasto proceso de modernización, y paradójicamente de la secularización, o al menos del establecimiento de una sociedad católica, pero no integralmente católica. Sin abrir juicio sobre sus intenciones y propósitos, señala la coincidencia de su acción con procesos mayores como el desarrollo del capitalismo, la constitución de una sociedad civil y la ciudadanización. Serrano marcha contra los razonamientos más obvios, y esto es lo más estimulante del ensayo. Quizá se debería avanzar a la vez por un segundo camino, que junto a lo funcional señale las discrepancias, las tensiones, los conflictos. Algunos de ellos aparecerán, probablemente, en la relación entre las organizaciones del laicado católico y las congregaciones, muy ligadas a ellos, y por otra parte la jerarquía eclesíástica. Los más evidentes corresponderán a la relación entre la modernización capitalista y un catolicismo papal que, desde Pío IX hasta Pío XII, levantará la bandera de guerra contra el liberalismo.

LUIS ALBERTO ROMERO

GONZALO VIAL. *Historia de Chile (1891-1973)*, volumen V, *De la República Socialista al Frente Popular (1931-1938)* Stgo. Editorial Zig-Zag, 2001, 623 págs.

Gonzalo Vial nos entrega otro tomo de su monumental *Historia de Chile* que pretende llegar hasta 1973. A diferencia de volúmenes anteriores, donde aborda problemas sociales y culturales, este es una narración de la historia política del período, con ciertas referencias a la evolución económica posterior a la crisis de 1929-1935 o 37 y a la recuperación de la economía chilena. La sociedad –como diría Francisco Antonio Encina– “no lleva vela” en este tomo.

En este último volumen, Vial no agrega mucho a la interpretación que ha hecho del período de ochenta años que pretende abarcar en su obra total. Mejor dicho, en el volumen casi no hay interpretación o esta es subliminal. Por ejemplo –como ya lo hiciéramos notar también en el comentario del anterior volumen– en este ya no lapida a la clase media, la “mediocracia” como la llama en los primeros tomos (el corrector automático de computador salta inmediatamente señalando el error apenas se escribe la palabra...) al contrario; ahora encuentra notables cualidades en figuras como Pedro Aguirre Cerda, Jorge González von Marees, Marmaduke Grove, Enrique Oyarzún... hasta Carlos Dávila, a quien antes había tratado duramente. Incluso no usa ya el barbarismo “mediocracia”, sino tan solo algunas veces. Gonzalo Vial parece irse convenciendo que la verdadera palabra es “mesocracia”. Así la emplea en las págs. 39, 40, 437, etc., lo que no impide que todavía use “mediocracia” en las págs. 157, 171, etc. Tampoco, durante la época que toca en este volumen, ve en la evolución histórica del siglo XX chileno una “honda decadencia” como lo dice explícitamente en el tomo I del volumen I. La clase media tiene cosas malas, pero también hay buenas. Bien por don Gonzalo y su obra.

Tal como en los libros anteriores, el relato es ameno y bastante comprensivo, hasta el detalle ínfimo en algunos trozos. Pero no es tan entretenido como el volumen IV (a mi juicio el mejor de su obra y no solo por lo grato de leer). Este tiene episodios relatados, clara, estructurada, completa y convincentemente, pero otros no. Los mejores –a mi modesto juicio– la “Rebelión de la marinería” (págs. 37-78), la gestión económica de Gustavo Ross (págs. 319-384), y, mejor aún, el episodio de la matanza de los jóvenes nacistas en el edificio del Seguro Obrero (págs. 488-537). Su versión de los sucesos de Ranquil no parece plenamente convincente, aunque está bien relatada. En cambio, se alarga en detalles insignificantes, poco importantes y, a menudo, imposibles de comprobar, cuando trata otros episodios; por ejemplo: la serie de complots y cuartelazos que siguieron a la caída de Juan Esteban Montero, y, en especial, el gobierno de Carlos Dávila. La división por capítulos –los cortes– con que organiza el relato parecen bien pensados y convincentes y en general el volumen está bien cerrado sobre sí mismo, sin perjuicio de su conexión con la obra toda.

Comentario aparte merece la caracterización que hace Gonzalo Vial del fascismo criollo, el MNS y su líder Jorge González von Marees. El autor les otorga gran importancia. ¿La tuvieron? Probablemente por representar el signo de los tiempos, pero en la Historia de Chile dejaron escasa huella, excepto como coletazo indirecto de su trágica aventura del 5 de septiembre de 1938, que permitió la victoria del Frente Popular. Hay, además, una simpatía soterrada por el grupo y su “jefe”. Esto se nota en la descripción de la persona de este último. Lo que, sin embargo, no menciona suficientemente, a mi juicio, son sus desequilibrios, su teatral parafernalia y hasta su semi histórica visión mesiánica de la realidad (tan típica de los caudillos fascistas por lo demás). Creo que si el *putsch* del 5 de septiembre se llevó adelante, no solo fue fruto del contexto electoral que conllevaba el triunfo de Gustavo Ross y de un ingenuo *wishful thinking* con respecto al apoyo militar y la palabra de Ibáñez; sino que hubo razones más profundas que tienen que ver con los

modelos europeos que seguía el MNS y la propia psicología de González y sus seguidores: el sentido heroico de la vida (el que –posiblemente– es uno de los rasgos que ganaron la simpatía de Vial).

Otra caracterización humana bien lograda es la de Gustavo Ross. Con justicia lo muestra como el hombre de la recuperación económica; el gran Ministro de Hacienda de Alessandri. Humanamente, sin embargo –aunque cuando no deja de destacar muchos de los rasgos miserables que lo identificaron– no llega hasta las últimas consecuencias. La mejor y más lapidaria descripción –conocida– del carácter de Ross, que fue la que hizo Rafael Luis Gumucio, no se menciona. Tampoco que Ross posiblemente, al menos en el campo político, tenía mucho de fascista... en todo caso mucho más que el ingenuo González von Marees y su idealista voluntad de poder. La frialdad despectiva y olímpica, el disimulo cínico, su desprecio, fuertemente teñido de elementos raciales hacia casi todo el mundo (los que Vial destaca), recuerdan a Reinhard Heydrich. Su fría confianza en el poder del dinero, aunque no era un elemento fascista, completa el cuadro de su personalidad consecuentemente.

En fin, también el retrato que hace de Juan Esteban Montero, una figura tan olvidada y por ende desconocida hoy, es bueno. Tenía todas las características del chileno medio, correcto, íntegro y respetable. Es posible que la política no esté hecha pare este tipo humano.

Interesante lo que dice Gonzalo Vial sobre el entonces comunista Eudocio Ravinés y su acción en Chile; un personaje fundamental en la historia del período, hasta hoy poco conocido, u ocultado por la nomenclatura beata del comunismo criollo que todavía arrastra las piernas (y la pluma) en nuestro país. Ravinés, después vituperado traidor para los seguidores del Moscú de otrora, fue un personaje notable. Su libro *La gran estafa*, es uno de los más patéticos que se han escrito sobre lo que fue el aparato comunista mundial en los años de Stalin. solo comparable a *La noche quedo atrás*, de Jan Valtin, este último debidamente asesinado en su momento y también mencionado por Vial.

Sin embargo, aún estos buenos capítulos, pecan de algo que ha sido uno de los problemas de toda la obra de Vial; se basan en muy pocas fuentes y, a menudo, están contruidos sobre la base de una sola y principal monografía. “La rebelión de la marinería” sigue de cerca la interpretación de los libros de Von Schroeders y López Urrutia; el gobierno de Dávila recoge casi “a la pata” el relato de Susana Simonetti. Sobre Ross utiliza el libro de Joaquín Fermandois. El episodio de la matanza del Seguro Obrero, sobre el que demuestra saber mucho, no aparece apoyado en una bibliografía sustancial; la verdad es que oculta las fuentes, aun en el caso de citas textuales; es posible que haya realizado entrevistas o leído memorias con el compromiso de mantener en silencio su existencia.

En contraste, hay temas importantes no tratados o tratados débilmente. Pudo decir mucho más sobre el nacimiento del Partido Socialista, el que ha resultado más importante que el Comunista en la Historia de Chile. Ya dijimos al comienzo que sus referencias a aspectos sociales son en extremo escasas. Sobre ecología nada. Sobre cultura artístico-literaria (en la mejor época de la Mistral y de un Pablo Neruda ya figura mundial), nada.

Pero el problema principal de Vial como historiador es con la bibliografía y las fuentes: escasas las primeras y casi inexistentes las segundas, en las pocas páginas que dedica al aparato crítico, en lo que no es una característica solo de este volumen, sino de la obra toda, es uno de los problemas más serios que presenta esta. Es frecuente que, a lo largo de páginas y páginas, en que Vial entrega un caudal gigantesco de información y de detalles, no existan notas. Esto ocurre hasta el punto que, a veces, se tiene la duda sobre si esta no es una “versión inteligente” que entrega el autor sobre sucesos tomados de fuentes muy conocidas y tan solo “reinterpretadas”, de rumores que llegaron hasta él o de su “imaginación creadora” (a lo Spengler). Además, notable es la ausencia, en sus escasas notas y bibliografía, de obras que a otros nos parecen fundamentales para estudiar algunos de los temas que toca en profundidad. No cita nada o casi nada de la copiosa literatura histórica anglosajona sobre el Chile del siglo XX. Ni el libro de Paul Drake (*Socialismo y populismo en Chile 1936-1973*), ni (en este volumen al menos) las obras de Frederick Nunn o de Timothy Scully, que sin duda le habrían sido útiles. He escuchado a Gonzalo Vial la curiosa opinión de que un yanqui no puede entendernos; pero al menos pudo usar la información, normalmente muy bien recogida y trabajada, que aparece en estas obras de metecos. Pero también una cantidad importante de autores chilenos que han escrito sobre el período no son citados (aunque quizá algunos fueron leídos) por Vial. El conjunto daría para una larga lista. V. gr.: sobre Ibáñez hay fácilmente diez veces más libros o artículos que los citados por Vial... cierto es que recoge a muchos en el tomo anterior, pero también le habrían servido para este. ¿Los usó?

Con todo, no se puede quitar el mérito a este volumen, que tiene la misma cualidad de los otros tomos de esta obra de Gonzalo Vial: el dar una versión comprensible y cuerda de nuestro pasado reciente. El carácter monumental de su trabajo, volumen por volumen o en su conjunto, no se puede desconocer y es pieza fundamental en cualquier estudio del siglo XX chileno. Su influencia, que ya es grande, lo seguirá siendo a futuro. Y el tener esta influencia –lo que quizá fue el propósito político central de Vial cuando comenzó a escribir hace ya veinte años, cuando era firme adherente y colaborador de la dictadura militar– se ha logrado, aun cuando con carácter menos ideológico y político (pues como vimos Vial ahora casi termina por desmentir las aseveraciones y adjetivos que afirmó en el volumen I) y más cultural y propiamente historiográfico. Quien lea este tomo, sin duda queda con una idea relativamente acabada de lo que representó la anarquía de 1932, la segunda presidencia de Alessandri, el Frente Popular, el fantasma ibañista, que existió hasta que, para su desgracia, el fantasma llegó al gobierno y así...

El estilo y el lenguaje, en este como en otros volúmenes merecen párrafo aparte. La mezcla entre la Real Academia Española y el lenguaje coloquial de España: (“tanto y pico...” o un “¡jay!” intercalado –a lo García Lorca– en frases de desilusión; giros y palabras jamás usados en Chile) con los criollismos más puros, es asombrosa. Incluso inventa neologismos. En esto, como en tantas otras cosas, sigue a Encina. Aunque en Vial resulta más artificial lo que al otro le salía del alma huasa.

Vamos a los errores y erratas. Errores de fondo puede haber muchos, pero, como no hay notas, no se puede estar seguro que lo sean o que el autor conozca algún documento o testimonio que avalen lo que dice. Hay algunos sí que resaltan porque son notorios. Los más evidentes los que se refieren a versión de Vial de la Guerra Civil española, un tema vastamente estudiado y conocido. Así nos enteramos de que las tropas de Franco (“El Caudillo”, p. 415) desde “mediados” de 1936 estaban en los suburbios de Madrid (p. 408), en circunstancias de que la contienda comenzó el 17 (no el 18 como dice Vial) de julio de ese año. El ejército franquista no llegó a Madrid sino en la segunda mitad de octubre y allí permaneció hasta los primeros meses de 1937. Mal puede considerarse pues el asedio de los nacionales a la ciudad como una de las causas de que los simpatizantes de ese bando, al interior de ella, se asilasen en la Embajada de Chile desde los primeros días de la guerra. Con respecto al mismo tema, Vial se refocila describiendo los asesinatos republicanos de los primeros tiempos del conflicto, algo pudo decir también de los asesinatos nacionales. Era España, eran ambos bandos los que se lanzaban uno contra otra con similar y asesina ferocidad. En fin, hay otros errores notorios respecto a este tema y otros (la evolución, post Primera Guerra Mundial, de las internacionales socialista y comunista, por ejemplo, u omitir que entre los jóvenes nacis que se encerraron en la Universidad de Chile estaba Javier Lira Merino, el futuro diputado agrariolaborista y después simpatizante demócratacristiano, quien logró escapar de los carabineros, junto con dos o tres más, por una puerta trasera, evitando el asesinato, siendo la figura más relevante en hacerlo). Errores de forma hay varios: Invergoddon (págs. 75 y 78) es Invergordon; Roehm (p. 272) es –creemos– Ernst Röhm. Suponemos que el “Gibson” (p. 277) que cita buscando el origen de la Falange, es George Grayson; que los “Hulanos” (págs. 229 y V de la galería de fotos) son los “Ulanos”. Pero son faltas ciertamente perdonables y que se dan en toda obra.

En síntesis. Otro buen libro de Gonzalo Vial, aunque disparejo, y en cuanto historiografía, metodológicamente cuestionable; no está a la altura de los mejores, pero tampoco de los peores. En todo caso, aquel que pretenda conocer la historia del siglo XX chileno debe leerlo.

CRISTIÁN GAZMURI

JAIME VALENZUELA MÁRQUEZ. *Las Liturgias del Poder. Celebraciones públicas y estrategias persuasivas en Chile colonial (1609-1709)*, Santiago, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana / Lom Ediciones, 2001.

La llamada “Escuela francesa” ha tenido un impacto significativo sobre la historiografía chilena de la segunda mitad del siglo XX. Desde los estudios pioneros de Álvaro Jara sobre historia social, hasta los recientes de Cristián Gazmuri sobre sociabilidades, pasando por los de historia económica de Marcello Carmagnani. A esta rica influencia se agrega un nuevo estudio, también fruto de una tesis doctoral

defendida en París, del que es autor el joven historiador Jaime Valenzuela. Ahora, el centro de interés son las representaciones sociales, el ceremonial lúdico, las representaciones simbólicas expresadas en una multitud de fiestas, procesiones, homenajes, celebraciones, sermones, etc., en perfecta consonancia con la problemática que preocupa a la llamada "New Cultural History" y de la cual la historiografía francesa ha dado trabajos paradigmáticos.

Entre los múltiples aciertos de este libro, queremos rescatar principalmente su exitosa "audacia" por insertar la historia del siglo XVII chileno en un contexto teórico y en un análisis factual de corte universal, especialmente con la Europa de Antiguo Régimen. Por desgracia, muy pocos "colonialistas" se han aventurado a situar sus análisis en esa perspectiva, como si la realidad de este período tuviese una autonomía propia, cerrada y desconectada de los procesos culturales del mundo europeo. Y es doblemente meritorio este esfuerzo, en la medida que los temas elegidos para el análisis proceden de las adhesiones que expresan las conductas, los comportamientos y las actitudes de los individuos a creencias y valores arraigados más en el inconsciente colectivo que en la reflexión meditada. Como lo prueba fehacientemente el autor, no hay una especificidad que aisle a esta colonia de la "mentalidad moderna", por lo que es muy legítimo explicar su realidad a partir de las interpretaciones que se han hecho de la sociedad europea de los siglos XVI y XVII.

Para fundamentar esta aproximación metodológica, Jaime Valenzuela destina un buen tercio del libro a situar la realidad de la sociedad europea que le habrá de servir de contraparte a su análisis del siglo XVII chileno. Apoyado en una extensa, variada y actualizada bibliografía (que recoge desde los estudios clásicos de la teoría política medieval y moderna [Kantorowitz, Ullman] hasta las muy recientes interpretaciones de la cultura popular [Bakhtine, Sahlins, Burke]), pasando por los textos más influyentes en la conformación de esta historia cultural (Huizinga, Elias) nos hace una síntesis del estado actual del conocimiento. Probablemente no hay grandes aportes originales sobre esa realidad, pero tampoco era el objetivo del autor. Como ya hemos dicho, este libro es, en buena medida, producto de una tesis doctoral, y una de las exigencias básicas de ese compromiso académico es la discusión acabada de la historiografía. De seguro los especialistas del mundo moderno europeo están familiarizados con algunos o muchos de los estudios analizados. Pero lo que es original, y extraordinariamente bien logrado, es situar esos temas, las propuestas teóricas y los pasos metodológicos en función de la realidad chilena (y probablemente también de otros territorios americanos del imperio español).

Creo que desde los tiempos de Juan Gómez Millas y Mario Góngora (y algunos de sus discípulos como Héctor Herrera) que no se utilizaba una cantidad de estudios de historia medieval y moderna parecida para el estudio de la historia de Chile. Esperando que los "colonialistas" recojan con mayores fundamentos la coyuntura implícita y explícita en este libro, por mi parte, muy poco colonialista para ser un interlocutor válido, me contentaré con caracterizar la línea central de la obra para situarla a los lectores.

Todos los "modernistas" están de acuerdo en que uno de los rasgos específicos de los siglos XVI y XVII fue el fortalecimiento y avance del poder real. La supera-

ción de la atomización de la autoridad en la Edad Media mediante la consolidación del poder monárquico fue un proceso lento y complejo y alcanzado a través de medios muy diversos. Entre estos (sin preocuparse si eran los más o menos importantes) están los encaminados al fortalecimiento de la imagen simbólica del Rey, particularmente el empleo de las ceremonias públicas a través de las cuales la majestad real recorría el ámbito comunitario (especialmente la ciudad), para que los súbditos le contemplaran en las representaciones simbólicas, iconográficas y en los discursos cívicos y religiosos (N. Elias). *Las Liturgias del Poder* estudia ese proceso en la pequeña comunidad santiaguina del siglo XVII, que no por pequeña dejaba de ser representativa de la sociedad entera.

Este objetivo está, sin ninguna duda, plenamente alcanzado. Por lo tanto, quisiéramos detenernos en otra perspectiva del mismo tema que en el libro queda a veces esbozado, pero en otras solo implícito. Así como las celebraciones son impuestas desde “arriba” para vehicular la consolidación del poder real y, como lo ha explicitado Maravall, junto con otros espectáculos y acontecimientos controlar la opinión pública, así también, vistas desde “abajo”, estas celebraciones públicas de la cultura barroca permiten comprender la sociedad en que se generan, e intuir la existencia de otros factores (instituciones y procedimientos) que ejercen una acción igual o mayor para el control ideológico de las masas populares. En otras palabras, y este libro permite entreverlo en más de una página, no solo el ceremonial público determinó la conformación y el control de la opinión de las personas. Junto a los factores psicosociales (tan caros a Maravall) las ceremonias expresan también sus propias condiciones específicas.

Lo anterior requiere plantearse el modo en que se organizó la sociedad de la época, de manera que se rompa una eventual realidad dicotómica en la que aparecen solo dos términos de referencia: los poderosos y las masas sobre las que se ejerce el poder. A nuestro juicio, en esta sociedad primaban los criterios de jerarquía y orden, lo que llevaba al individuo a afianzar su poder no tanto a través de valores objetivos como la riqueza monetaria –lo que ocurre en una sociedad de clases–, sino más bien a través de la consideración que recibe de los demás. En consecuencia, no debemos sorprendernos que las “estrategias del poder” busquen la obtención de un “capital simbólico” más que de un capital económico, sacrificando incluso los bienes y riquezas materiales para reafirmar su posición social (véanse, entre otros ejemplos, las páginas 91 y siguientes). Siguiendo la reflexión de Bourdieu, el derroche visible sería un medio de transformar capital económico en capital “simbólico”.

De este modo, todo el juego de apariencias, etiquetas y protocolos que se desgajan de los ceremoniales (las *liturgias* de Valenzuela) son los mecanismos básicos a los que recurre el individuo a la hora de reforzar la autopresentación; y esas “autopresentaciones” –aproximadoras del poder o diferenciadoras de los “inferiores”– son utilizadas desde luego por el poder real, pero también por todos los grupos que tengan una función y una posición social definida.

Teniendo en cuenta lo anterior, el sugerente libro de Jaime Valenzuela permite ampliar la óptica de la “liturgia” de los siglos XVII y XVIII. Así, además de su

probado éxito como mecanismo propagandístico del poder real, habría sido también un mecanismo por el cual todos los grupos sociales “que cuentan”, reafirmaban su posición y expresaban simbólicamente la estructuración social. Sin duda, las ceremonias son un vehículo de propaganda, pero también podían llegar a ser una reproducción de las tensiones e intereses de la sociedad. De esta manera, de arriba hacia abajo operaría el control de las masas populares por parte de los poderes civil y religioso (a través de una unidad de acción que el autor describe brillantemente). Pero también habría un movimiento en sentido contrario (expresado en una serie de “exigencias” como el buen gobierno), y aun otros cruzados a nivel “horizontal” que habrían enfrentado a los diferentes grupos sociales por la consolidación de sus privilegios y reconocimientos.

Resumiendo, estamos frente a un trabajo brillante, de primera mano, hecho por un historiador extremadamente bien informado de la bibliografía y de las fuentes. Un libro bello, acabadamente presentado y agradablemente ilustrado, y al que las objeciones menores que se le puedan hacer (¿por qué no utilizó el artículo pionero de Rolando Mellafe sobre “el acontecer infausto” que se conecta tan directamente con el anexo N° 2 de la página 415?) no desmerecen para nada su riqueza, lucidez y originalidad.

RENÉ SALINAS MEZA